

vincia, en el capítulo general de Roma, con título de Santa Elena y nombrado provincial, en el mismo capítulo, fray Juan de Capilla, que es el primero que hay en esta dicha provincia.

MUERTE DE ALGUNOS RELIGIOSOS DE ESTA PROVINCIA DE LA FLORIDA A MANOS DE INDIOS



UANDO los doce religiosos nombrados llegaron a la Florida estaba la tierra toda alborotada y los soldados del presidio recogidos en él y ninguno osaba salir a pescar ni a cazar, por temor de los indios que los mataban; pero con su llegada fueron repartidos a diversas partes de ella; y con las persuasiones que les hacían y ley evangélica que les predicaban se fueron quietando. Mas como el demonio, acostumbrado a ser reverenciado por los moradores de ella, viese que los religiosos le eran estorbo a su adoración, solicitó el corazón de un cacique, mozo, de la provincia de Guale, para que apostatase de la fe que en el bautismo había recibido; el cual, enfadado de la doctrina evangélica y deseoso de volverse a la mala vida de sus pasados y a la muchedumbre de las mujeres y otros vicios que de ordinario entre idólatras e infieles corren, hizo conjuración con otros mozos de su mismo parecer para que le siguiesen en sus malos intentos, persuadiendo a los populares que era penosa la doctrina que se les predicaba, el ir a la iglesia a rezar, a oír misa y no dejarles vivir como antes en su libertad; y les dijo que dejasen el pueblo y se fuesen la tierra adentro a otros infieles que estaban en frontera, y así lo hicieron, y les persuadieron que matasen los religiosos que estaban repartidos por provincias, porque de no hacerlo se les seguía que los españoles entrarían a ellos y los sujetarían y privarían de su libertad y señoríos; lo cual hacían enviando delante frailes que los engañaban con la paz y luego se hacían señores de ellos. Y que muertos los religiosos matarían los soldados y quedarían libres de tan penosa y dura servidumbre. Con esto se movieron muchos de aquellos infieles y, acompañados de este cacique y otros, vinieron al pueblo llamado Tolomato, de noche sin ser sentidos, y se fueron a la iglesia y allí se estuvieron hasta el día; y luego que el religioso abrió las puertas de su casa le mataron, sin darle lugar a razón ninguna, y le cortaron la cabeza, y puesta en una pica la ataron a un madero, como en demostración de traidor. Hecho esto, muchos de los del pueblo, o ya por voluntad o ya por temor que cobraron a los malhechores, se les juntaron e hicieron de su ejército. Luego el caciquillo hizo una plática muy larga y entre otras cosas les dijo que el motivo que habían tenido para dar muerte a aquel fraile era el privarlos de tener muchas mujeres y de seguir el gusto que la vida ofrece, y que era de parecer que muriesen todos los demás para poder mejor conseguir aquella libertad en que sus mayores habían vivido; y que por este que habían muerto estaban ya rompidas las paces entre ellos y los españoles y gobernador del rey, y que tanto habían de procurar vengar una como

muchas muertes; y así, era de parecer que los matasen a todos, porque todos juntos, con el temor del castigo, harían por defenderse y no venir a manos de los españoles. Vencidos los indios de estas razones fueron todos de este parecer y así se determinaron de ir matando los que estaban en su tierra. Persuadidos pues, estos sacrilegos homicidas, de este infernal consejo, salieron de aquí y fueron donde estaba el bendito varón fray Blas de Montes, que era en Topiquí, y le dijeron cómo venían a matarle, cómo habían hecho en Tolomato, que habían muerto al religioso que allí estaba. El religioso, que vido tanto número de indios juntos y conoció su determinación, les comenzó, con razones cristianas, a disuadirlos de aquel mal intento que traían; pero como un corazón obstinado no tiene vacíos donde quepa la razón, el de estos indios pervertidos no admitió ninguna, antes resueltos en lo contrario, le dijeron que no se cansase en predicarles sino que llamase a su Dios que lo valiese. El religioso, que no halló puerta por donde escapar la vida les pidió que ya que había de morir le dejasen decir misa y llevar aquel consuelo, y que después de muerto les rogaba, como a hijos, que enterrasen su cuerpo en la iglesia. Concediéronsele estos ministros de Satanás. Luego el religioso (como otro San Lorenzo los tesoros de la iglesia) repartió entre los indios pobres del pueblo la pobreza que tenía y se volvió a decir misa que por ser la última, es de creer, sería con grandes lágrimas y devoción. La cual acabada se hincó de rodillas delante de aquellos bárbaros homicidas y puestas las manos levantó los ojos al cielo y oró a Dios; y estando de esta manera este bendito varón, llegaron los indios y le dieron de palos y lo mataron, y lo enterraron en la misma iglesia como había pedido.

Luego que estos indios mataron a este santo religioso enviaron a decir al cacique de la isla de Guale que matasen los religiosos que los doctrinaban en su isla y que iban allá a ver si lo habían ejecutado, donde no, que él y los suyos morirían juntamente con los frailes. El cacique de esta isla amaba mucho a los religiosos, pero como menor en fuerzas que el otro, viendo la determinación de los homicidas y que él no era poderoso a estorbarlo, envió secretamente a decir a los frailes que se fuesen al presidio de los españoles, hasta que pasase la bárbara furia de los enemigos que venían sobre su tierra con ánimo de matarlos a él y a ellos, y que de esta manera se escaparían y él tendría excusa para librarse. El criado que vino con esta nueva no se atrevió a darla a los religiosos y volvió a su amo diciendo: que respondieron los padres que no se alborotase ni creyese que tal harían aquellas gentes que tenían por hijos. Pero el cacique, que estaba enterado de la verdad de su venida y aborrecimiento que les tenían, les volvió a enviar a decir que no aguardasen sino que se fuesen, si no querían que todos juntos muriesen. Esto hizo por tres días continuos creyendo que el mensajero no mentiría y les enviaba a ofrecer siempre barca y pasaje para la tierra firme. Pero como el mal criado nunca dijo nada a los religiosos y él no se atreviese de miedo a parecer en la iglesia de los frailes, pasaron tres o cuatro días en este engaño. Al cabo de los cuales llegaron los alzados y, sabiendo el capitán que no le habían obedecido, quiso matar al ca-

cique, pero él supo decirle tanto que se libró de la muerte; y para que no se entendiese que era comprendido en la de los ministros de Dios se fue a ellos y dijo al guardián: Bien hubiera sido que me hubieras creído y te hubieras puesto en salvo; mas pues no has querido tomar mi consejo no será posible defenderte de estos que han venido a matarte. Los religiosos se turbaron y excusaron diciendo estar ignorantes de aquello y le dijeron que no tuviese pena que ellos muriesen, pues Dios así lo quería, que ellos estaban gozosos de recibir muerte por él y por la predicación de su evangelio; con esto se despidió el cacique y dijo: Quedaos con Dios, que yo me voy al monte a llorar vuestra muerte inocente y por no veros morir; y pues sois mis amigos y yo vuestro, os pido que después de muertos, pues habéis de poder tanto con Dios, le pidáis que haya de mí misericordia; y yo os prometo de volver a enterrar vuestros cuerpos porque no se los coman perros, que es el intento que estos falsos enemigos tienen. Con esto se fue el cacique, y a breves horas llegaron al monasterio los indios bárbaros homicidas y, saqueándolo, acometieron la muerte de los religiosos. Cuando los benditos frailes vieron su determinación y que no bastó razón ninguna para convencerlos, todos se arrodillaron y llamaron a Dios para la eterna vida de el alma. Arremetieron los indios y, con porras y macanas que traían, los golpearon en las cabezas y cuerpos. Uno de ellos, llamado fray Miguel de Añón, era muy querido de todos y al primer golpe que le dieron se movieron a compasión muchos de ellos y quisieran librarle, de lo cual se levantó contienda entre todos; y estando el santo religioso de rodillas, y ellos riñendo, vino por detrás uno de los gentiles que no había recibido agua de bautismo y dióle un golpe en la cabeza con que lo mató, y con él hizo las paces y conformó a los contendores. Y dejando estos varones santos los sesos derramados por el suelo volaron sus almas a los descansos eternos.

Pasaron estos malhechores a otro lugar llamado Ospa, donde asistía el padre fray Francisco de Ávila. Fue su llegada de noche, estando ya recogido el religioso; llamaron a su puerta y como no les quería abrir por haber sentido el mal intento con que venían, trabajaban de quebrar la puerta de la celda. Viendo este padre que sus excusas no le valían les abrió y se salió fuera. Ellos, que tanto atendían a robar lo que hallaban, cuanto a matar a los que querían, se ocuparon en tomar primero lo que en casa había, queriendo cada uno ser primero en la presa de el despojo. Con esto tuvo lugar el religioso de hacerse afuera y meterse en un espeso juncal que cerca había. Pero hecho el saco de la casa salieron a buscarle y viéndolo en aquel lugar comenzaron a flecharle y con dos xaras le pasaron los hombros. Un indio, codicioso del hábito que llevaba vestido, fingiendo piedad rogó por él y lo sacó de entre ellos vivo. Luego lo desnudó y así desnudo lo entregó por esclavo para que les sirviese. Atáronle las manos y lleváronlo consigo la tierra adentro, con ánimo de quemarlo allá en su tierra. Pasó fray Francisco grandes trabajos en esta prisión, porque de las heridas de las flechas no tuvo quien le curase, ni sabía cómo; pero Dios, que vela sobre la guarda de el pobre y le socorre en la mayor necesidad, le fue medicina y le sanó

milagrosamente, de que los indios quedaron espantados, pero no convertidos, ni movidos a compasión de él; antes lo quitaban el pan y lo apuraban de hambre. Queriéndolo quemar lo ataron a un madero y prepararon al fuego y leña. Llamaba a Dios fray Francisco y pedíale socorro; pero puesto en este lugar, y el fuego delante, le pidieron que confesase que la ley de Jesucristo no era buena y que la adoración de sus falsos dioses era mejor, y que haciendo esto no le quemarían. El fraile, que de veras amaba a Dios y no temía los tormentos por la defensión de su honra, respondió con razones muy vivas, porque era muy aventajada lengua, que detestaba su falsa idolatría y confesaba la ley de Jesucristo su señor, por la cual quería morir. Quedaron espantados de el razonamiento que les hizo y de el esfuerzo que mostraba teniendo delante el fuego. Levantóse una señora principal que tenía un hijo en rehenes, en poder del gobernador, y dijo: Dejad libre ese fraile, que él me ha de traer mi hijo. Y como era mujer principal obedecieron los demás y le desataron de el palo donde le tenían puesto. Quisieronlo casar con una moza hermosa a lo cual resistió como en lo demás había hecho, y dábase a la oración con lágrimas continuas pidiendo a Dios que pues no se había servido de su muerte, se sirviese de librarle de tantas tentaciones. Y en esto pasó el tiempo que estuvo en esta prisión y cautiverio, que fue un año, desnudo y sin ninguna ropa (siendo el invierno de aquella tierra tan riguroso como el de Castilla), servíalos en todas las cosas que le mandaban y cavaba la tierra para la cultura y labranza de el pan. Al cabo de este tiempo supo el gobernador cómo estaba vivo, y por dádivas que dio a los indios y libertad al que estaba en rehenes lo rescató y trajo entre cristianos. Así escapó la vida este religioso, habiendo estado en tanto riesgo de perderla. Pero Dios, que sabe todas las cosas, sabe también los fines de cada uno y lo que a este religioso estaba mejor para su servicio.

Fray Francisco de Velascola era natural de Castro de Urdiales y de la provincia de Cantabria, hombre de muy grandes fuerzas, por lo cual le tenían los indios, y así no se le atrevían tan fácilmente como a los otros; y por esta causa aguardaron para matarle a poderle coger a traición; y así fue que, viniendo de fuera en una canoa o barquilla, llegaron los bárbaros, que estaban enseñados en una espesura de juncos y, asiéndole fuertemente por detrás, unos le tenían y otros le dieron muchos porrazos con las macanas que acostumbran, y de esta manera acabó su vida. Y es de creer que pues andaba evangelizando la palabra de Dios entre esta gente, y sirviéndole en este santo ministerio, en odio de el cual estos indios hacían este estrago, que ese mismo señor, por cuya ley padecía, le haría misericordia, en especial que era varón apostólico muy pobre y humilde, dado a la oración y todos ejercicios virtuosos.

Estando las cosas de la Florida en estos términos, se juntaron otros muchos indios de la tierra con otros salteadores y pasaron a querer matar a los moradores de la Isla de San Pedro, juntamente con los religiosos que allí los administraban. Para esto se previnieron de muchas armas, en especial de flechas, que es la común de que usan; juntaron mucho número de barquillas y acometieron el hecho. Estaba a esta sazón en el puerto un

bergantín castellano que había venido a dar socorro a los religiosos de la isla, de pan y otras cosas de que solían ser socorridos. Este bergantín no traía en su defensa y escolta más de un soldado y todos los demás eran marineros. Y como las cosas que van ordenadas por voluntad de Dios no están al querer y juicio humano, sucedió que queriendo salir de el puerto no pudieron, aunque diversas veces acometieron a ello los que lo gobernaban. Tampoco pudieron hacer este viaje por un caño que va corriendo por la parte de tierra firme, por el cual se puede hacer navegación sin engolfarse por el mar. Y con estos estorbos estuvieron espacio de treinta días, admirados de la imposibilidad de los tiempos. A esta coyuntura llegaron los dichos indios de guerra con determinación de saltar y destruir los moradores de la isla; pero como vieron en el puerto al bergantín castellano, creyeron haber en él gente de guerra que los defendiese y con esto desmayaron. El cacique de la tierra, que era su enemigo, convocó su gente y salió a la mar con muchas más barquillas de las que los contrarios traían (que eran pocas más de cuarenta) y acometiéndolos animosamente; los enemigos, que conocieron su fuerza, aunque al principio se defendieron, no pudieron tanto que no conociesen en breves horas su daño y así huyeron; y los que no pudieron por mar, saltaron en tierra y comenzaron a huir por lo más espeso de el monte, cada cual por donde más podía. Y de esta manera se desbarató la liga de los contrarios y se volvieron los amigos victoriosos. Estos indios, que pensaron escapar la vida en tierra, viendo que les era imposible volverse a salir, por no tener en qué, muchos de ellos desesperados de remedio se ahorcaron con las cuerdas de sus arcos y otros murieron de hambre en aquellos montes; y de esta manera perecieron todos sin quedar ninguno.

El gobernador, que supo lo que pasaba, salió a correr la tierra, pero por ser dificultosa, así de cenegales como de montañas, no pudo hacer efecto en nada, aunque les quemó los panes, de que hubo hambre aquel primer año en todo lo convecino de el presidio y murieron muchos de ella. Otros tres adelante la envió Dios por falta de las influencias de el cielo; y así andaban todos los de la Florida hambrientos, especialmente los conjurados en este alzamiento y traición, los cuales murieron, por justo juicio de Dios, todos en muy poco tiempo y confesaban que este castigo les venía por haber muerto a los religiosos. Pasado este azote de la mano poderosa del Señor comenzó a pacificarse la tierra y fueron reduciéndose sus moradores, y los ministros entrando en sus lugares. Han ido ganándole tierra al demonio y plantando la santa fe de Jesucristo, con lo cual esta nueva provincia de Santa Elena ha tenido lugar de conservarse y de crecer en mayor número de religiosos; y así, el año de 1612, fueron a la cultura de esta viña de el Señor veinte y tres religiosos. Y el de 1613 otros ocho, al mismo efecto; poniendo cuidado en solicitar esta nueva conversión el catolicísimo rey don Felipe III, nuestro señor, que vive hoy y viva muchos años para ésta y otras muy santas obras en que de ordinario se ocupa.